

Las relaciones entre el Estado, los sindicatos y los partidos políticos:

Una reflexión sobre las presidencias de Franklin D. Roosevelt y Juan Domingo Perón

Los memoriosos probablemente recuerden el discurso que Juan Domingo Perón pronunció el 12 de febrero de 1946 en su cierre de campaña. Si bien fue una fuerte convocatoria a elegir entre “Braden o Perón”, también representó una oda al ya fallecido presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt. En dicha ocasión, Perón lo describió como “el gran demócrata norteamericano” y celebró algunos de sus triunfos. En las palabras de Perón:

Y la victoria que con los brazos abiertos nos aguarda, tendrá unas características análogas a la que tuvo que conquistar el gran demócrata norteamericano, el desaparecido presidente Roosevelt, que a los cuatro años de batallar con la plutocracia confabulada contra sus planes de reforma social, pudo exclamar después de su primera reelección, en el acto de prestar juramento el día 20 de enero de 1937: *"En el curso de estos cuatro años, hemos democratizado más el poder del gobierno, porque hemos empezado a colocar las potencias autocráticas privadas en su lugar y las hemos subordinado al gobierno del pueblo. La leyenda que hacía invencibles a los oligarcas ha sido destruida. Ellos nos lanzaron un desafío y han sido vencidos".*¹

Si en algún momento, el liderazgo del Presidente Barak Obama a alguien le hizo recordar a Perón, es porque, a mediados de la década de 1940, a más de uno el primer peronismo les hacía recordar a Franklin D. Roosevelt y su Nuevo Trato. En realidad, en la Argentina de esos años, muchos laboristas veían a Roosevelt como el último garante de los intereses de la clase trabajadora. Siguiendo con las coincidencias, las administraciones de Roosevelt y Perón introdujeron una masiva intervención pública en la economía e instalaron la idea de un Estado que podía controlarla en nombre del interés general. En el citado discurso de 1946, Perón también expresa su acuerdo con el presidente estadounidense en este sentido:

Personalmente, prefiero la idea defendida por Roosevelt (y el testimonio no creo que pueda ser recusado) de que la economía ha dejado de ser un fin en sí mismo para convertirse en un medio de solucionar los problemas sociales. Es decir, que si la economía no sirve para llevar el bienestar a toda la población y no a una parte de ella, resulta cosa bien despreciable.²

Más importante aún, ambos presidentes redefinieron para siempre las relaciones entre los trabajadores, los sindicatos y el Estado. Pero si algo tienen en común líderes tan disímiles como Roosevelt y Perón es que ambos han generado pasiones intensas entre seguidores y detractores y provocado acalorados debates historiográficos que continúan hasta el día de hoy. En tales complejas discusiones, se hallan preguntas clave que pueden ser abordadas tanto en relación a la clase trabajadora estadounidense como en referencia a la Argentina: ¿Cuál fue el entorno socio-económico y político que hizo que tanto en Estados Unidos como en la Argentina el escenario fuera poco propicio para la consolidación de partidos de clase que sí formaron parte de la trayectoria política del proletariado europeo? ¿Cómo se forjaron los lazos entre los sindicatos, los trabajadores y el Estado a través del liderazgo de Roosevelt en los EE.UU. y de Perón en Argentina? ¿Cuán beneficiosa fue dicha alianza para los trabajadores?

En su análisis de las similitudes entre los procesos que se dieron en Estados Unidos y Argentina en cuanto a la cuestión obrera, Juan Carlos Torre señala:

Ocurre que cuando se amplía la perspectiva del análisis y se introduce el caso de los Estados Unidos detectamos en él la presencia de un fenómeno familiar en nuestras latitudes: también allí y desde muy temprano los trabajadores tendieron a votar mayoritariamente por un partido con perfiles policlasistas muy similares a los beneficiados del apoyo obrero en América Latina: el Partido Demócrata.³

En el caso de los Estados Unidos, a partir de procesos que tienen lugar entre 1933 y 1936, el año de la aplastante reelección de Roosevelt, el sindicalismo estadounidense se convierte en una pieza fundamental de la alianza que transformaría al Partido Demócrata en la fuerza política dominante por más de tres décadas. En el caso del sindicalismo argentino, a partir de la victoria de Perón en 1946 con un 53% del voto popular, obtenido con el apoyo contundente de la clase trabajadora, el sindicalismo argentino quedaría fuertemente ligado al proyecto peronista.

El presente trabajo es una reflexión sobre períodos históricamente trascendentes para los trabajadores en los Estados Unidos y en la Argentina. A través del análisis de años determinantes para la redefinición de las relaciones entre los sindicatos y un nuevo liderazgo político en ambos países, se intentan identificar similitudes en las trayectorias seguidas por el sindicalismo estadounidense en su relación con Roosevelt entre 1933 y 1936, y por el sindicalismo argentino en su vínculo con Perón entre 1943 y 1946. Si bien Roosevelt sería reelecto dos veces más, en 1940 y 1944, en su discurso Perón elige recordar al presidente estadounidense de 1936, el que celebra su

primera reelección, cosechando así los frutos de su alianza con los trabajadores, en un momento que algunos historiadores definen como “el giro a la izquierda” del Nuevo Trato.

Cuando Franklin D. Roosevelt asumió como presidente de los EE.UU. en marzo de 1933, la expansión capitalista de los años veinte había fracasado en su promesa de bienestar para todos los estadounidenses, pero había logrado desmovilizar a los trabajadores, profundizar las divisiones étnicas y raciales y someterlos a sus políticas. La desmovilización de la clase obrera imperante en esos años queda plasmada en el hecho de que sólo 12 % de los trabajadores estadounidenses pertenecía a un sindicato. Sin embargo, pocos años más tarde, como afirma el historiador Mike Davis, “el sindicalismo norteamericano alcanzaría un nuevo período de auge, que lo llevaría a duplicar su militancia en diez años, a adquirir un peso mayor en la vida nacional y a crear, por algún tiempo, una nueva dirección del movimiento sindical, en torno a sindicatos industriales que pondrán fin de modo definitivo a la hegemonía de la AFL”.⁴ La Federación Americana del Trabajo (AFL, por sus siglas en inglés) estaba conformada por organizaciones de trabajadores especializados, agrupadas por oficio, que defendía las prerrogativas de sus miembros, pero que era completamente estéril como movimiento obrero más general. De hecho, el grupo dominante dentro de la organización eran trabajadores calificados blancos, nacidos en los Estados Unidos. Es en estos años que los trabajadores inmigrantes no especializados comenzaron a ganar conciencia y a desarrollar sus propias formas de organización y lucha.

El sindicalismo que surgió en los años del Nuevo Trato tenía una base militante de trabajadores de segunda generación, hijos e hijas de los “nuevos” inmigrantes que habían padecido carencias en las congestionadas ciudades y sufrido los abusos del taylorismo y el fordismo. En 1930, había 25 millones de estos estadounidenses que junto con sus padres constituían una mayoría de la clase obrera blanca. Trabajaban en las fundidoras de acero, las minas de carbón, las empacadoras, los hornos de coque, fundidoras en general y fábricas automotrices. Expuestos a los avatares de la pobreza urbana y los tiempos difíciles de la Gran Depresión, estaban maduros para la movilización.⁵ Los dirigentes sindicales John L. Lewis, de la *United Mine Workers* y Sidney Hillman de la *Amalgamated Clothing Workers of America*, entre otros, se pusieron al frente de la agitación de base y encaminaron las iniciativas obreras hacia un sindicalismo industrial.

Entre las primeras medidas del Nuevo Trato, la Ley Nacional de Recuperación, aprobada por el Congreso de los EE.UU. en 1933, creaba una serie de garantías para los empleadores a cambio del establecimiento de jornadas de trabajo justas, salarios mínimos y derechos de negociación colectiva. En su famosa Sección 7 A, la ley afirmaba que los trabajadores podían elegir a sus

representantes en estos términos: “los empleados tienen el derecho a organizarse y negociar colectivamente a través de representantes elegidos por ellos mismos, y estarán libres de la interferencia, de los obstáculos y coerción de los patronos”.⁶ Sin embargo, pronto quedó claro que los ejecutivos de las corporaciones no tenían intenciones de respetar esta cláusula y Washington no estaba presionando lo suficiente. Esta legislación introducida por el Nuevo Trato generó una oleada de huelgas y una movilización que se expandió rápidamente para alcanzar dos millones y medio de trabajadores a mediados de 1934.

El liderazgo de las denominadas “huelgas de la Ley Nacional de Recuperación” provenía de dos vertientes no oficiales dentro de la AFL: por un lado, cuadros revolucionarios introducidos en las fábricas por el Partido Comunista; y por otra parte estaban grupos de trabajadores altamente calificados que conservaban y transmitían sus tradiciones artesanales, pero que proponían una dirección más radical que la dirigencia de la AFL. Davis arguye que “esta élite que incluía constructores de maquinarias muy bien pagados y técnicos de mantenimiento...estaba colocada en un lugar excepcional para proporcionar liderazgo y coordinación a los esfuerzos organizativos de los operadores y trabajadores de las ensambladoras”⁷. En otras palabras, estos trabajadores serían determinantes en la sindicalización de los obreros industriales y la superación de las restricciones que imponían los líderes conservadores bajo la dirección de William Green, el presidente de la AFL.

La secesión dentro del liderazgo de la AFL coincidió con la reestructuración de la coalición política de Roosevelt, que favorecía una nueva conjunción entre el Estado y los sindicatos industriales. Hasta mediados de 1935, Roosevelt había logrado el apoyo de la mayoría de los sindicatos y de un grupo de empresarios dispuestos a apoyar su proyecto para sacar a EE.UU. de la Gran Depresión. A medida que la movilización obrera crecía en las plantas, los empresarios comenzaron a darle la espalda a las políticas de Roosevelt. La beligerancia de las corporaciones contra los sindicatos, las numerosas violaciones de la Ley Nacional de Recuperación y las acusaciones contra el Nuevo Trato causaban gran malestar entre el público en general. Cuando en mayo de 1935, la Suprema Corte de Justicia declaró que la Ley era inconstitucional porque transgredía los límites del poder del gobierno federal, la administración Roosevelt claramente recurrió a una alianza con los trabajadores, que se consolidaba a través de la aprobación la Ley Nacional de Relaciones Laborales y la Ley de Seguridad Social en los meses de julio y agosto de 1935 respectivamente.

Sin lugar a dudas, la concesión más grande de Roosevelt a los sindicatos llegaría con la Ley Nacional de Relaciones Laborales; esta legislación es también conocida como “la Ley Wagner”, ya

que fue propuesta por el senador de Nueva York, Robert Wagner. Mientras que la Sección 7 (a) de la Ley Nacional de Recuperación *reconocía* a los sindicatos, a través de la Ley Wagner el gobierno federal *protegía* el derecho de los trabajadores a organizarse, a negociar colectivamente y a la huelga. Además, estableció el Consejo Nacional de Relaciones Laborales que podía investigar o decidir acerca de acusaciones de prácticas injustas; llevar a cabo elecciones en las cuales los trabajadores decidieran si querían o no ser representados por un sindicato; prohibió a los empleadores despedir a trabajadores por participar en actividades sindicales. Finalmente, por primera vez, la ley sometió a los directivos de empresas al escrutinio del gobierno federal y obligaba a los empleadores a negociar con un sindicato una vez que estuviera certificado como el único agente de negociación por el Consejo Nacional de Relaciones Laborales. La reacción de los empresarios no demoró en llegar: la Asociación Nacional de Fabricantes batalló contra la aprobación de la Ley Wagner con una de las campañas de lobby corporativo más grandes de la historia.

En cuanto a la Ley de Seguridad Social aprobada en agosto de 1935, a pesar de sus limitaciones, se convertía en un hito legislativo en los Estados Unidos: por primera vez, el gobierno federal se hacía responsable de la seguridad económica de los trabajadores a largo plazo. Establecía un seguro nacional de desempleo; otorgaba jubilaciones y autorizaba subsidios para individuos con discapacidades y para madres y niños pobres. La cobertura no era muy generosa inicialmente, ya que quedaban excluidos trabajadores del sector agrícola, hospitales y servicio doméstico, pero representaba un cambio substancial en la política nacional. Por primera vez se reconocía la responsabilidad del Estado en la protección de todos los ciudadanos.

Para octubre de 1935, los líderes sindicales disidentes como Lewis y Hillman, que apoyaban a los obreros industriales movilizados, ya estaban listos para romper formalmente con la Federación Americana del Trabajo. El 9 de noviembre de 1935, Lewis, Hillman y otros seis líderes de la Federación fundaron el Comité para la Organización Industrial “para alentar y promover la organización de los trabajadores no sindicalizados...por rama industrial.” Los levantamientos de base que persuadieron a la Administración Roosevelt de que era el momento propicio para introducir la Ley Wagner, también convencieron a estos dirigentes de que la organización industrial daría sus frutos. El CIO comenzó con 8 sindicatos y un millón de miembros en total. Dos años más tarde, treinta y dos sindicatos alcanzaban los 3.7 millones de miembros, la mayoría protegidos por acuerdos de negociación colectiva. En 1938, la ruptura con la AFL se concretaría con la creación del Congreso de Organizaciones Industriales.⁸

Roosevelt necesitaba el poderoso bastión electoral que le ofrecían los cuatro millones de trabajadores que se habían unido al CIO durante 1935-1936. Lewis y Hillman, a su vez, necesitaban del liderazgo de Roosevelt y la influencia de su apoyo político-judicial para concretar los objetivos de la central obrera. En 1936, el CIO creó la *Labor's Nonpartisan League* (Liga laborista no partidaria) para movilizar el apoyo a Roosevelt en las elecciones y ayudar a compensar el déficit financiero de la campaña dejado por el alejamiento de los banqueros y hombres de negocios demócratas. Roosevelt, por su parte, permitió que los progresistas del Departamento del Trabajo y de la Oficina Nacional de Relaciones Laborales que veían al CIO con buenos ojos, les proporcionaran un apoyo tácito a los nuevos sindicatos.

Roosevelt obtuvo millones de votos de los trabajadores, capitalizando la introducción de legislación como la Ley Nacional de Relaciones Laborales y la Ley de Seguridad Social. El presidente estadounidense obtuvo más del sesenta por ciento del voto popular, quedándose con el voto electoral de todos los estados, excepto en Maine y Vermont. La clase trabajadora urbana al igual que los inmigrantes y los migrantes de las zonas rurales comenzaron a identificarse con el Partido Demócrata. En cuanto a los afroamericanos, que siempre habían votado por el Partido Republicano desde la Guerra Civil, brindaron su apoyo a Roosevelt, el líder que enviaba ayuda a sus comunidades a través de los programas federales. El movimiento por acción política independiente sobrevivió con iniciativas de un tercer partido en varios estados, pero a nivel nacional los líderes del CIO se mantuvieron firmes en su apoyo a Roosevelt y al sistema bipartidista.

En general, el objetivo de los sindicatos estadounidenses era incrementar su control sobre el proceso productivo y limitar el poder de los empleadores para imponer negociaciones colectivas en condiciones de desventaja para los trabajadores. En cuanto al nuevo liderazgo que ofrecían los dirigentes del CIO, a pesar de su enfoque más progresista, aspiraban a transformar al movimiento obrero en una fuerza política organizada, con peso en las decisiones públicas, pero en ningún caso a través de la conformación de un partido de clase, socialista o socialdemócrata. Utilizarían la creciente sindicalización para presionar a los demócratas a través del sistema electoral. El movimiento sindical organizado llegó a tener, durante la Segunda Guerra Mundial, cerca de 15 millones de miembros y logró importantes triunfos económicos y políticos a medida que los sindicatos se vinculaban cada vez más al gobierno y al Partido Demócrata. Esto sucedió al menos hasta fines de la década de 1960 cuando la alianza entre los sindicatos y el ala progresista del Partido Demócrata comenzó a resquebrajarse.⁹

Lo anteriormente expuesto revela que en los Estados Unidos de la década de 1930, no se dio la secuencia histórica de una fuerza social obrera, que se moviliza políticamente de manera autónoma para conquistar cambios institucionales. La legislación introducida por el Nuevo Trato de Roosevelt incentivó la movilización obrera de base que se había gestado durante los años de la Gran Depresión y, para 1936, convirtió al sindicalismo en un bastión político dentro del Partido Demócrata. Diez años más tarde, un proceso similar se daría en Argentina. La victoria electoral de Perón de 1946, evoca el gran triunfo de Roosevelt de 1936. Ninguno de los dos lo hubiera logrado sin el apoyo político de los trabajadores y sus sindicatos.

Hasta la llegada del peronismo, la clase trabajadora argentina estaba organizada en base a sus propios esfuerzos, en alianza con la clase media baja y grupos intelectuales. Nunca había tenido el apoyo organizacional directo del Estado. Además, en los veinticinco años previos a la consolidación del peronismo, el sindicalismo había tenido muy escasa influencia política. Sin embargo, en la particular coyuntura de los años 1943-1946, Perón actuaría como un catalizador de la unidad política de los trabajadores.

El peronismo surge durante la denominada Revolución del 43, un gobierno militar heterogéneo que había derrocado al último de los gobiernos fraudulentos del período conocido como la Década Infame, iniciado por la restauración conservadora que se había instalado con fuerza a partir del golpe de 1930. Entre los militares que actuaban en el seno del gobierno de 1943, se encontraba el coronel Perón, sin ocupar inicialmente ningún cargo. Algunos meses después del golpe, un importante grupo de dirigentes sindicales socialistas y sindicalistas revolucionarios, entre los que se encontraban los socialistas Ángel Borlenghi y Juan Atilio Bramuglia, y el sindicalista revolucionario Luis Gay, estableció contacto con Perón y el coronel Domingo Alfredo Mercante.

En la fase inicial, los dirigentes obreros se acercaron a Perón con cautela, tratando de sacar provecho de la inesperada recepción del Estado a sus demandas. La propuesta sindical incluía crear una Secretaría de Trabajo, fortalecer la CGT y sancionar una serie de leyes laborales que aceptaran los reclamos históricos del movimiento obrero argentino. La Secretaría de Trabajo finalmente se creó y al mes de asumir como su titular, Perón la transformó en Departamento Nacional del Trabajo. De esta manera, extendía sus funciones originarias, actuaba en la colocación de trabajadores, ponía en funcionamiento los Consejos de Trabajo con competencia para resolver conflictos entre trabajadores y empleadores.

En 1945, llegaría el compromiso explícito con el Secretario de Trabajo, caído en desgracia por la presión de una amplia oposición a sus reformas laborales, en la jornada histórica de la movilización del 17 de octubre de 1945. En una tercera fase, se tomó la decisión de crear un partido de los sindicatos, el Partido Laborista para incorporarse con voz propia en la coalición electoral que llevó a Perón a la presidencia en los comicios de febrero de 1946. En una última fase una vez legitimado por el voto popular, Perón ordenó disolver el Partido Laborista como parte de la unificación de sus apoyos políticos en un nuevo partido y después desplazó de la conducción de la CGT a los dirigentes más celosos de la independencia política de los sindicatos.

Las reformas laborales introducidas en 1943 y 1944, el aumento del poder de los sindicatos y la consolidación de Perón dentro del gobierno militar, generaron un fuerte movimiento de oposición a Perón en los sectores empresariales y otros grupos militares del gobierno, a los que poco a poco se sumaron todos los partidos políticos existentes en ese momento. El 8 de octubre de 1945, se produjo un golpe de estado contra Perón y su grupo, encabezado por el jefe de la poderosa guarnición de Campo de Mayo, general Eduardo J. Ávalos. Como consecuencia del golpe, Perón debió renunciar a todos sus cargos en el gobierno. Antes de partir, obtuvo del presidente Edelmiro Farrell la autorización para despedirse públicamente usando la red de radiodifusión. En su discurso, Perón instó a los trabajadores “a defender las conquistas sociales otorgadas”. Juan Carlos Torre resume los cambios en los alineamientos políticos y sociales que se dan en 1945 de la siguiente manera:

Con la ofensiva concertada de los partidos y los intereses económicos contra Perón desaparecen los matices y es un orden político y social el que se unifica, compacto, en el rechazo a las reformas que apuntan a ampliar la participación de los trabajadores. Así, aquello que emerge en primer lugar de la movilización de masas del 17 de Octubre es una suerte de exorcismo colectivo, el acto de liberación por el cual los sectores obreros rompen con los antiguos lazos partidarios que caucionaban sus lealtades.¹⁰

La gran manifestación de trabajadores impulsada por algunos dirigentes gremiales el 17 de Octubre logró su objetivo: Perón fue liberado esa misma noche. Además, los peronistas y los golpistas llegaron a un acuerdo por medio del cual Perón se comprometía a dejar el gobierno militar, pero a cambio se convocaría a elecciones de inmediato. De cara a las elecciones a realizarse el 24 de febrero de 1946, sólo 4 meses más tarde, el peronismo no tenía ningún partido político que pudiera impulsar la candidatura presidencial de Perón, ya que todos los partidos políticos existentes en la Argentina en aquel momento había adoptado una posición antiperonista, conformando una

alianza electoral denominada Unión Democrática, que llevó como candidato a José P. Tamborini, de la Unión Cívica Radical.

En ese momento, varios sindicatos encabezados por Luis Gay, ex secretario general de la recientemente desaparecida Unión Sindical Argentina (USA), de tendencia sindicalista revolucionaria, fundó el Partido Laborista. Gay resultó elegido presidente del partido, que a su vez presentó la candidatura presidencial de Perón, acompañado por un dirigente radical, Hortensio Quijano. Además del Partido Laborista, se crearon otros dos partidos políticos que apoyaron la candidatura de Perón: la Unión Cívica Radical Junta Renovadora (liderada por Quijano y Armando Antille), que buscó capitalizar el voto radical que apoyaba a Perón; y el Partido Independiente, presidido por el almirante Alberto Tessaire, que buscó agrupar a los conservadores que apoyaban a Perón. El coordinador de los tres partidos fue el abogado de la Unión Ferroviaria y futuro ministro de Relaciones Exteriores, Juan Atilio Bramuglia. De los tres partidos, el Partido Laborista aportaría el 85% de los votos que le darían el triunfo a Perón, ganando en todos los distritos electorales, menos uno. En general las fuerzas políticas y sociales de la época preveían una segura y amplia victoria de la Unión Democrática. Contra tales pronósticos, Perón obtuvo 52.84 % contra un 42.87 % que apoyó a Tamborini, ganando además en todas la provincias menos Corrientes. La derrota fue particularmente decisiva para los partidos Socialista y Comunista, que no lograron ninguna representación en el Congreso Nacional. La seria derrota frente al voto popular del socialismo y del comunismo, fortalecería en adelante la consolidación del peronismo como un amplio movimiento popular de base obrera.

En la decisiva coyuntura de 1943-1946, los trabajadores no se movilizaron como un actor político ya plenamente constituido. Su emergencia como fuerza social fue sustancialmente el resultado de la gestión de Perón que operó desde su posición dentro del estado. Como resume Daniel James, Perón brindó soluciones viables a los problemas de los trabajadores y los convirtió en miembros plenos de la comunidad política nacional.¹¹A partir de 1946, los trabajadores defendieron los términos en que participan del peronismo, asegurando con su lucha el cumplimiento de las medidas laborales y sociales por las que habían votado en febrero de ese año. La mayor cantidad de huelgas se dan en los tres primeros años del gobierno, con el objetivo que se cumplan las resoluciones establecidas por la nueva legislación. En un contexto marcado por la conquista de históricas demandas del movimiento obrero se comienza a dar la integración del sindicalismo con el Estado. Hubiera sido incomprensible que los beneficiarios vieran este proceso críticamente.

En 1943, los dirigentes de los principales gremios de la época, los ferroviarios, los mercantiles, los telefónicos y los tranviarios, se enfrentaron a una disyuntiva inédita: aliarse o no con el militar a cargo de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Para octubre de 1945, los mismos dirigentes sindicales estaban fundando el Partido Laborista para articular su apoyo independiente a Perón, el líder que había respondido a las demandas históricas del movimiento obrero. Fortalecido por la victoria electoral de 1946, Perón ordenó la disolución del Partido Laborista y los tres partidos en los que se apoyaba, para fusionarlos en el Partido Peronista. De esta manera llegaba a su fin la convergencia entre el proyecto reformista y autónomo de la denominada “vieja guardia sindical” y el nuevo movimiento de masas bajo el liderazgo de Perón. Cabe señalar que existía una convicción generalizada entre los líderes obreros de que era necesario preservar el vínculo político con Perón para garantizar el programa de reformas sociales que éste había introducido desde 1943.

En su primera presidencia, Perón transformó la Secretaría de Trabajo en Ministerio de Trabajo y Previsión, siendo su primer Ministro Ramón Freyre. Otras medidas sociales importantes tomadas por el primer peronismo fueron la creación en 1947 del Consejo Económico Social integrado por el gobierno y las organizaciones sindicales y patronales. A fin de esbozar la magnitud de las modificaciones introducidas en las condiciones de vida y trabajo de los sectores populares durante el primer peronismo, es necesario repasar algunos datos objetivos. En cuanto a la redistribución del ingreso a favor de la clase trabajadora, entre 1945 y 1948, los salarios reales de los empleados públicos tuvieron un suba del 35 % y los de los obreros industriales aumentaron en un promedio del 50 %. En el mismo período el consumo, tanto en el sector público como en el privado subió alrededor del 20 %. Los hospitales públicos, entre 1946 y 1951, duplicaron la cantidad de camas hospitalarias. En la educación, la matrícula primaria creció un 34 % entre 1945 y 1955, la secundaria aumentó un 134 %, la universitaria se triplicó y en 1949 se eliminaron los aranceles. Finalmente, las conquistas que quedaron establecidas en la Constitución de 1949 incluían la jornada laboral de 8 horas diarias, indemnizaciones por despido, aguinaldo, vacaciones y disposiciones particulares sobre condiciones de trabajo.¹²

El Estado de Bienestar construido durante los dos primeros gobierno de Perón es la obra más valorada por los simpatizantes del peronismo. Una de las observaciones críticas más habituales de los antiperonistas, es que las leyes laborales no fueron obra de Perón, sino de los socialistas. La respuesta también habitual de los peronistas es que las leyes estaban, pero no se cumplían. En gran medida ambas cosas son ciertas. Si bien el peronismo sancionó importantes leyes para garantizar derechos laborales, el aspecto central de su política laboral fue crear un Estado de Bienestar capaz

de garantizar el cumplimiento de las leyes laborales y de seguridad social. El resultado de la política social de Perón fue una importante redistribución de la riqueza a favor de los trabajadores y desposeídos, con una política para mejorar tanto el salario directo como así también la educación, la salud pública, el turismo social, etc.

A partir de 1946, la participación de dirigentes sindicales en el gobierno se da a través de la integración individual, por medio de cargos electivos o en funciones en el Poder Ejecutivo como ministros, secretarios etc...Dicha participación no surge de decisiones tomadas por un colectivo político con unidad de objetivos, en otras palabras, no es a través de un partido político de clase. La fuerte defensa de los intereses de clase que se da entre 1945 y 1955, no logra superar el límite del sindicalismo "puro y simple".¹³ Este es el primer punto de conflicto entre Perón y los fundadores del Laborismo que culmina con la disolución del Partido cuatro meses después de las elecciones de 1946.

Sin dudas, *la dirección* de la alianza peronista no estuvo en manos de la clase trabajadora. Este puede ser visto como una fuerte limitación a la voluntad de autonomía de los sindicatos y como una integración del movimiento obrero que se subordina al Estado. Sin embargo, para los trabajadores, la alianza con Perón no significaba renunciar a recocer intereses de clase, ya que se habían incorporado con pleno derecho a un gobierno que consideraban suyo.

Si repasamos los procesos a través de los cuales Roosevelt forjó sus lazos con el sindicalismo norteamericano en la década de 1930, convirtiéndolo en un bastión del Partido Demócrata y la forma en que Perón logró transformar al movimiento obrero argentino en un pilar de su Partido en la década de 1940, hallaremos algunas similitudes. El presidente estadounidense se acercó a los líderes sindicales en un momento en que, por un lado, las bases obreras estaban fuertemente movilizadas y, por el otro, el sector empresario y los conservadores lanzaban una ofensiva feroz contra el Nuevo Trato. A través de legislación sin precedentes como la Ley Nacional de Relaciones Laborales y la Ley de Seguridad Social, Roosevelt le otorga un marco legal a las relaciones capital-trabajo y posicionó al Partido Demócrata como el defensor de los derechos de los trabajadores y la seguridad social de todos los ciudadanos. Por su parte, Perón se dirigió a los líderes de los principales gremios existentes al tiempo del golpe militar de 1943, en busca de sus credenciales y recursos organizativos para introducirse en el mundo del trabajo. Luego de reclamar por años la acción protectora del Estado, una mayoría de dirigentes obreros respondió favorablemente a la convocatoria. A partir de 1943, Perón promovió las negociaciones colectivas, estimuló la sindicalización, reparó viejos agravios, y envió un potente mensaje de justicia social.

Cuando el sociólogo y economista alemán William Sombart formuló en 1906 su famosa pregunta ¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?, lo que en realidad se estaba planteado era por qué en pleno desarrollo capitalista los trabajadores norteamericanos no había desarrollado una conciencia clase política y organizado un partido de corte laborista. En realidad, este comportamiento identificado como “excepcional” para el caso estadounidense, se dio también en la Argentina. Uno de los factores determinantes fue el hecho de que, tanto en Estados Unidos como en la Argentina –y en otros países latinoamericanos-- los trabajadores ingresaron a la esfera pública, en el contexto de un sistema político que no imponía restricciones al sufragio basadas en la propiedad. Como concluye Torre:

No sorprende que este rasgo común a ambas trayectorias haya pasado inadvertido; en este tópico como en otros, la literatura sociológica...tuvo por eje un juego de oposiciones con la historia social y política de Europa y omitió toda comparación con la experiencia norteamericana. Si esta se hubiese explorado, se habría hallado una pista a mi juicio más efectiva para dar cuenta de los vínculos forjados entre los trabajadores y los partidos y líderes políticos ajenos a la clase obrera”.¹⁴

La secuencia histórica de una fuerza social obrera, que se transforma en fuerza política autónoma para finalmente lograr cambios institucionales que benefician a los trabajadores no se dio ni en los Estados Unidos ni en Argentina. Cuando Roosevelt llegó a la Casa Blanca, los trabajadores sacudidos por la Gran Depresión estaban movilizados y listos para romper con la conservadora dirigencia sindical de la Federación Americana del Trabajo. Roosevelt capitalizó esa movilización a través de un “giro a la izquierda” del Nuevo Trato en 1935 que redefinió el papel del Estado y su relación con el sindicalismo. En el caso de la Argentina, si bien para 1943 existía un grado de movilización obrera que debía ser canalizada, Perón fue el motor del cambio que fue lanzado desde arriba. En ambos casos, la naturaleza del proceso político fue la clave en la construcción de lazos entre los trabajadores y líderes políticos del calibre de Roosevelt y Perón. En otras palabras, no se dio una correspondencia entre la condición obrera y la identificación política de clase; el Partido Peronista absorbería las demandas obreras de la misma manera que lo hizo el Partido Demócrata de Roosevelt, reduciendo el espacio político para que progresaran partidos de corte socialista.

Al repasar la historia del Nuevo Trato y la relación de Roosevelt y los sindicatos entre 1933 y 1936, no sorprende que Perón haya elegido referirse al presidente estadounidense en su cierre de campaña de 1946. En el discurso inaugural que cita Perón, Roosevelt también afirma que “el gobierno democrático tiene la capacidad de proteger a su gente de los desastres que alguna vez se

consideraban inevitables, de solucionar los problemas que alguna vez considerados irresolubles...Nos rehusamos a dejar los problemas de nuestro bien común sean resueltos por los vientos de la casualidad y los huracanes del desastre.” Roosevelt estaba defendiendo su decisión de sentar las bases de un Estado de Bienestar. Diez años más tarde, Perón sentaría las bases del Estado de Bienestar en la Argentina.

¹ Discurso de J. D. Perón en el acto de proclamación de su candidatura (1946), 12 de febrero de 1946.

http://www.elhistoriador.com.ar/documentos/ascenso_y_auge_del_peronismo/discurso_peron_acto_de_proclamacion_de_su_candidatura.php

² Ibid.

³ Juan Carlos Torre, *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo* (Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores, 2012), p. 16.

⁴ Mike Davis, “El estéril matrimonio entre los sindicatos norteamericanos y el Partido Demócrata,” en *Estados Unidos. Perspectiva Latinoamericana* Nro. 11 (México: CIDE, 1er semestre de 1982).

⁵ Ibid., p. 68.

⁶ Traducción de la autora. Véase: ley NIRA en *US Statutes at Large*. 73rd Congress, 1st Session, XLVIII (June 16, 1933), pp. 195-211; p. 198.

⁷ Davis, p. 70.

⁸ Priscilla Murolo & A. B. Chitty, *From the Folks Who Brought You the Weekend* (New York: The New Press, 2001), pp. 202-203.

⁹ Véase M. Graciela Abarca, *El fin de la ilusión. Los trabajadores estadounidenses en la era de Vietnam* (Buenos Aires, Argentina: Imago Mundi, 2005).

¹⁰ Torre, pp. 185-186.

¹¹ Ibid., p. 21.

¹² *Contextos de La Historia Nacional CLASE OBRERA Y PERONISMO*

<http://contexthistorizar.blogspot.com.ar/2009/08/la-clase-obrera-durante-el-gobierno.html/55>

¹³ Samuel Gompers, el legendario líder de la Federación Americana del Trabajo, utilizó esta frase por primera vez en 1890 para rechazar la actividad política por parte de los sindicatos y apoyar una lucha por cuestiones estrictamente económicas que afectaban a los trabajadores sindicalizados.

¹⁴ Torre, p. 16.